

# LA HERENCIA DEL 11-M

● **El PP persiste en apuntar a ETA porque sigue empeñado en huir de la realidad**

JAVIER PÉREZ ROYO

CATEDRÁTICO DE DERECHO CONSTITUCIONAL DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Desde la invención de la imprenta, la interpretación de la realidad se ha convertido en el elemento decisivo en la confrontación política. Lo determinante no es tanto lo que realmente ocurre como la interpretación de eso que realmente ha ocurrido, que acaba siendo asumida o rechazada mayoritariamente en la sociedad. La confrontación política es entre interpretaciones distintas de la realidad, entre discursos políticos distintos arbitrados por el cuerpo electoral. En política, la realidad es inseparable de la interpretación que de ella se hace. La interpretación es inicialmente la sombra que acompaña al cuerpo, pero se trata de una sombra que acaba teniendo o puede acabar teniendo sustantividad propia y convertirse en un sustitutivo de la realidad, en una realidad políticamente más real que la realidad misma.

Obviamente, esta operación de interpretación de la realidad tiene límites. Una cosa es que la realidad sin más, es decir, sin interpretación, no exista y otra distinta es que se pueda prescindir por completo de ella a la hora de construir el propio discurso. La interpretación, para ser creíble, tiene que tener un punto de conexión con la realidad, no puede desvincularse por completo de ella.

Dónde está ese punto de conexión es algo imposible de determinar en general, sino que tiene que ser averiguado por el intérprete en cada caso. Pero el punto de conexión tiene que existir porque, de lo contrario, la pérdida del sentido de la realidad se traduce en una desvinculación de la ciudadanía, que es incapaz de reconocerse en la interpretación que se le ofrece.

Esto es lo que empezó a ocurrirle al PP hacia mediados de la pasada legislatura. Su victoria arrolladora en las elecciones del 2000, unida al control de buena parte de los medios de comunicación de titularidad privada y a un abuso escandaloso de los de titularidad pública, condujo al presidente del Gobierno y

del PP, **José María Aznar**, a la conclusión de que podía imponer cualquier tipo de interpretación política de lo que estaba ocurriendo, por más desvinculada que estuviera de lo que efectivamente sucedía.

El momento decisivo de esa huida de la realidad ocurrió con la interpretación del *decretazo*, que originó una huelga general con un seguimiento extraordinario, que el Gobierno se empeñó en hacer creer a los españoles que no se había producido. TVE acabaría siendo condenada por la Audiencia Nacional por falta de veracidad, a pesar de lo cual **Alfredo Urdaci** siguió al frente de la dirección de informativos. Esa falta de conexión con la realidad se produciría también en torno al *Prestige*, la guerra de Irak, el Yak-42... Las playas esplendorosas, la participación en tareas humanitarias, la plena identificación de los cadáveres. La huida de la realidad se iba haciendo cada vez más visible.

Y en esto llegó el 11-M. A tres días de que los ciudadanos acudieran a las urnas, el Gobierno del PP intentó ganar tiempo tratando de imponer una interpretación de la autoría del atentado que no se correspondía en absoluto con la realidad. Y para ello recurrió a todos los medios de los que dispone el Estado. Desde las agencias de noticias y los medios de comunicación de titularidad pública a los servicios de inteligencia y al cuerpo diplomático, pasando por la implicación personal del presidente del Gobierno en llamadas telefónicas a los directores de los medios de comunicación privados y a los corresponsales extranjeros en España.

Pero llovía sobre mojado. La falta de credibilidad que el Gobierno del PP se había ido ganando a pulso, sobre todo en la segunda mitad de la legislatura, estallaría entre el 11-M y el 14-M de la forma que es de todos conocida. Los ciudadanos acudieron a las urnas con la convicción de que el Gobierno les había mentado. Y en esas condiciones es imposible conseguir que la mayoría te crea. Si, tras la derrota electoral, el PP hubiera hecho un examen de conciencia y manifestado su propósito de enmienda, es posible que se hubiera podido insertar en el debate político en unas condiciones que le permitieran intentar recuperar la confianza de los ciudadanos. Pero ha ocurrido todo lo contrario. La dirección del PP se ha empeñado en mantener la veracidad de todas sus

interpretaciones de la pasada legislatura, 11-M incluido. Con el obsesivo argumento de que fueron los demás los que mintieron, los que hicieron uso de una manera despreciable de un terrible atentado con la finalidad de llegar al Gobierno, ha persistido en estos dos años en su *batalla política del 11-M* usando el brutal atentado como una recurrente arma arrojada contra el PSOE.

Más todavía. La dirección del PP sigue negándose a aceptar la realidad. Todavía a estas alturas del guión sigue sembrando sospechas sobre la investigación policial y judicial, y sostiene que no se conoce la verdad --que ETA está involucrada en el atentado-- porque el Gobierno del PSOE no quiere que se conozca. **Eduardo Zaplana** lo acaba de decir en la recién celebrada convención del PP. O sea, este Gobierno, que tanto interés tuvo en conocer la autoría del atentado entre el 11-M y el 14-M, la perdió por completo al llegar a la Moncloa. Es la reiteración una vez más de la tesis de **José María Aznar** de que los planificadores del atentado no estaban "ni en montañas lejanas ni en desiertos remotos".

Tal empecinamiento del PP en huir de la realidad le está condenando a la esterilidad política más absoluta. ¿Hay algún ciudadano que sea capaz de recordar una sola iniciativa del PP en lo que llevamos de legislatura? Aparte de la defensa de la gestión del 11-M por el Gobierno de **José María Aznar**, de la intangibilidad de la Constitución y los estatutos de autonomía, y del consiguiente rechazo de la reforma del Estatut de autonomía de Catalunya, y de la intangibilidad de la política antiterrorista, ¿qué otra cosa ha hecho el PP? Toda su política, al menos la que la dirección del PP hace llegar a los ciudadanos, se ha limitado a la defensa de su pasado en el Gobierno, sin hacer ninguna propuesta de futuro. Incluso en la recién celebrada convención a la que antes me he referido, que fue convocada para la renovación del mensaje del partido, no se ha hablado nada más que del pasado y de la destrucción del mismo por el actual Gobierno. Al menos, eso es lo que ha trascendido. Es posible que haya algo más y que se haya renovado el programa, pero los ciudadanos lo desconocemos.

La dirección del PP está a punto de convertirse, si no lo ha hecho ya, en una

estatua de sal. Quienes la ocupan se han inhabilitado para hacer política. Aparte del límite que supone la *ausencia* de **José María Aznar**, que cada vez *brilla* más, está el hecho de que sus miembros más destacados, **Ángel Acebes**, **Eduardo Zaplana** y **Federico Trillo**, están tan atrapados por sus interpretaciones de la realidad en el pasado, que es imposible que pueda tener alguna credibilidad cualquier interpretación que propongan para el futuro.

El problema es que lo que le ocurre al PP no le afecta exclusivamente a él, sino que nos afecta a todos. Mientras el PP no pase página, estaremos condenados a que el debate político no sea un debate, sino una sucesión de descalificaciones. El debate político exige un suelo común que compartan sus protagonistas. Ese suelo ahora mismo no existe. El PP pisa uno y los demás partidos, otro. Lo venimos viendo desde el inicio de la legislatura. Y no sólo en la Comisión de Investigación del 11-M, sino en todo: matrimonio gay, ley de educación, reproducción asistida, política territorial, política antiterrorista... Me temo que así vamos a seguir hasta el final de la legislatura. Políticamente, es la herencia que nos ha dejado el 11-M.

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL PERIÓDICO DE CATALUNYA EL 11 DE MARZO DE 2006